

Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, tomo III, Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1930, pp. 210-215.

MARIO FERREIRO, – no ha publicado hasta ahora más que un libro: “El Hombre que se comió un Autobús” (subtítulo: Poemas con olor a nafta), salido del garage, es decir, de la imprenta, el 9 de abril de 1927, si es que en el colofón no se alteran, por broma, las fechas.

Este libro ha dado a Ferreiro una posición destacada y singular en las letras platenses: es el más feliz ensayo de humorismo poético, realizado en nuestro ambiente, dentro de la novísima estética *vanguardista*. En la Argentina tiene un bravo competidor, Oliverio Girondo, el autor de “20 poemas para leer en el tranvía”, a quien Ferreiro se parece en más de un aspecto. Probables coincidencias de temperamento, por un lado; seguras coincidencias de escuela, por otro. Ambos son futuristas, desde luego, aunque de un futurismo ya pasado a través del ultraísmo español, es decir, combinado con elementos cubistas, creacionistas, etc.

Naturalmente, Ferreiro protestará de esta clasificación: “Yo no pertenezco a ninguna escuela – dirá; – no sigo ninguna norma; hago lo que me da la gana, lo que siento y como me sale... “. Todos los poetas dicen siempre así, unos con mayor razón que otros; no quieren que se les clasifique, que se les defina; quieren ser libres, personales e indefinibles. Y, en cierto modo, es libre y personal este Ferreiro; pero gravita también en cierto modo, sin quererlo y aún sin saberlo, dentro de una órbita estética, de una modalidad general, propia de su generación y de su tiempo, que lo identifica específicamente con sus congéneres literarios. El parecido entre Girondo y Ferreiro, por ejemplo, se explica por la afinidad de los factores que determinan el módulo expresivo. Lo mismo cabe decir acerca del parecido de ambos con el gran humorista español Gómez de la Serna, el celeberrimo Ramón de las *Greguerías*. Se trata de una *especie* intelectual, que, en su época dada, cuenta con vástagos en todo el mundo; y que operando cada cual independientemente, se asemejan sin embargo, en muchos aspectos; tienen todos un aire de familia.

Anotemos que este género de humorismo es ya, de por sí, un elemento inherente a todas las varias modalidades integrantes del gran movimiento innovador, posterior al Modernismo. Toda poesía futurista o cubista contiene una gran dosis de ese humorismo; y los dadaístas, los grandes terroristas de todo ese movimiento, se agitaron en una escandalosa carcajada. Ello proviene, en parte, de la voluntad de alegría vital y deportiva, con que ha venido al mundo la poesía novísima, reaccionando contra las languideces sensuales y místicas del “simbolismo” ochocentescos; y en gran parte, también, proviene de la negación burlesca de todos los formalismos rituales y retóricos de la literatura, de época anterior. Hay algo de juego, de travesura, de burla, en casi toda la poesía europea que se ha llamado de “vanguardia”; el dadaísmo fue una verdadera payasada literaria, o anti-literaria, mejor dicho. Y no es necesario repetir aquí, cuanto de purgativo y saludable ha habido en ese movimiento – a pesar de sus aspectos negativos, – del cuál la poesía actual salió renovada, rejuvenecida, así en su espíritu como en sus formas. Limitémonos a constatar, en tal movimiento, la existencia universal e intrínseca del elemento humorístico, que lo escritores más propiamente humoristas no han hecho sino acentuar. Tal, Ferreiro.

Algunos han considerado su libro como una parodia burlesca de la propia poesía futurista. Y puede serlo, también, en cierto modo. Pues, ¿quién sabe a donde va y hasta donde llega la intención burlesca de un humorista? El verdadero humorista es diabólico; y no sólo se burla de todo, y de sí mismo, sino también de nuestra comprensión; su más sutil humorismo consiste en escapársenos siempre. Ferreiro, humorista esencial, es como un ágil duende que se evade siempre a nuestro deseo de atraparlo; nunca se sabe si habla en broma o en serio; más aún, nadie sabe todavía si su libro lo escribió en serio o en broma; vale decir, si cree que tiene verdadero valor literario o si sólo quiso hacer lo que vulgarmente llámase *una fumada*.

Para ser fiel a sí mismo, intentó burlarse de los mismos que habían tomado en serio su libro, reconociéndole valores literarios. Declaró que lo había escrito en broma y que había hecho caer en la trampa de su humorada a los más graves críticos. Coronaba así su obra. Pero, ¿era sincero al hacer esa declaración?; ¿o se trataba sólo de un nuevo recurso para desconcertar?

Nos inclinamos a esta segunda hipótesis; aun cuando lo mejor es no tratar de comprobarla. La intención del humorista es como el grillo: se oye su canto, sin poder ubicar al animalito. Óigase pues, – sin averiguar intenciones – el delicioso canto del grillo humorístico de Ferreiro.

Quieras o no, Ferreiro ha escrito un libro notable en su género. Si sólo quiso hacer una efímera humorada, su talento rebasó el propósito, y puso en él valores positivos, que existen por sí, independientemente del autor, una vez que el autor los echó a andar. Después de todo, no es la primera vez que un libro humorístico resulta luego el más serio del mundo. Así anda por ahí – salvadas sean las distancias, – uno que se llama el Quijote. El hecho, con respecto a Ferreiro, es que sus poemas están hechos con ingenio y con gracia; y que la refracción metafórica de la realidad que en él nos ofrece, es ya de por sí un juego imaginativo, pleno del sentido de lo absurdo.

Ultra-futurista, este poeta-chauffeur opera especialmente – en ese libro – con los elementos mecánicos de la civilización y con el dinamismo de la vida urbana; el mundo de su libro se compone de grúas, vapores, automóviles, autobuses, garages, ascensores, rascacielos, radiófonos, ortofónicas, avisos luminosos, polizontes de “tráfico”. Sus metáforas paradójales se nutren preferentemente del ruidoso maquinismo; pero, este humorista es, en el fondo, un hombre; y el hombre que hay en él, aparece un poco triste en medio de la maquinaria... No inspira su libro aquel aliento optimista y avanzado del futurismo marinettiano, aquella alegría ingenua y un poco ordinaria de *chauffeur* milanés, robusto y violento, lanzado a toda velocidad por las carreteras del progreso. Este Ferreiro, flaco y cetrino, es un *chauffeur* sudamericano; y el sudamericano es triste, triste hasta en la alegría; máxime si es de cepa ibérica. Una buena dosis de emotividad y de ternura, hace que, por momentos, este humorista parezca un sentimental. Y probablemente lo es, en lo íntimo. Acaso en todo humorista de cierto fondo, haya siempre algo de aquel famoso Garrik, “actor de la Inglaterra”... Con Darío, – y a pesar del vanguardismo poético – Ferreiro podría confesar (aunque no lo confiese): ¿quién que es no es romántico? El automóvil de Ferreiro, tiene un escape azulado de lirismo...

Harto al fin de maquinismo y de tráfico, estragados los nervios, asfixiado de nafta, triste hasta más no poder, Ferreiro sale al campo y a la playa. El pálido *chauffeur*

en vacaciones, reposa y se recrea con la emoción sencilla del cielo, del árbol, del pájaro, del agua, de las cosas simples y eternas, buenas desde los tiempos de Virgilio...

No es éste, sin duda, el tipo representativo que dice Keyserling.

Mas, como el mundo tiende a tomar a los poetas por aquel rasgo que más les singulariza y les define – en lo cual no deja de asistirle razón – Ferreiro sigue siendo, ante todo, el poeta humorista del dinamismo urbano.